

X Dr. Wenzel Goldbaum

X STEFAN ZWEIG



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
SU VIDA, OBRA Y MUERTE

En el mes de febrero de 1938, se suicidó en Buenos Aires Leopoldo Lugones: el más grande poeta argentino, premiado con el gran premio del Estado. La noticia de este suicidio, ¿cómo fué recibida en las Américas? El espejo de la opinión pública que refleja todo acontecimiento fuera del círculo familiar, se demostró casi indiferente. Los círculos literarios conocieron de tan amargo hecho, la prensa publicó noticias cortas, algunas revistas reseñaron en algunos artículos la vida y la obra del extinto. eso fué todo. La opinión pública, en general, no se apreció de la muerte de uno de los más destacados autores latinoamericanos, y mucha gente todavía no sabe si Leopoldo Lugones ha muerto o vive. Esta indiferencia y frialdad se repitieron, quizá un año después, con el suicidio de Alfonsina Storni, poetisa argentina que igualaba en dulzura, profundidad de sus sentimientos y concepción de sus ideas a Sapho y a la monja mexicana sor Juana Inés de la Cruz.

El 23 de febrero de este año, todos los periódicos americanos informaron el suicidio de Stefan Zweig y de su esposa, ocurrido en la ciudad brasilera Petrópolis. Cuán otra fué ahora la impresión publicitaria: largos informes, uno, dos, tres, cuatro, cinco. en todos los diarios del Continente, interviews a personas que, quizá, sabían algo sobre el poeta fallecido, comentarios acerca de la obra tan bruscamente interrumpida, retratos que se le habían tomado en los últimos tiempos, discusiones acerca del hecho en círculos más vastos que los literarios, por muchas horas el suicidio del gran escritor ocupó el primer plano en el interés de las masas, plano que estaba reservado a la guerra en Rusia, en Libia, en el Pacífico. Se suicidó Stefan Zweig. . . . durante una semana el espejo de la opinión pública se mantuvo fuertemente turbado y hoy, todavía, tiemblan las almas relacionadas con la cultura espiritual. Más de diez mil

hombres acompañaron a los féretros mientras eran conducidos por las calles de Petrópolis, entre almacenes y tiendas cerradas. Y, el gran Presidente del Brasil, protector del arte y de la ciencia desde que, como Diputado, fué autor de una ley a ese respecto, denominada ley Getulio Vargas, este gran hombre, grande de cabeza y de corazón, honró al fallecido, a sí mismo y a la gran República del Brasil al acercarse al lecho en que reposaban los cadáveres y ordenar que los funerales sean costeados por el Estado brasileño, país maravilloso según las últimas palabras de Stefan Zweig. Hombre éste a quien los enemigos de América hubieran matado si hubieran podido apoderarse de él y cuyas obras fueron quemadas en auto de fé tanto en Alemania como en la España.

¿Cómo se explica este estremecimiento sentimental y espiritual de América, tan diferente del letargo observado en los casos antes mencionados? ¿Acaso se esperaba una nueva producción literaria del biógrafo y novelista, exteriorizándose en esa nerviosidad el desengaño causado por el suicidio? No lo creo. El interés literario, en esta época, no está tan profundamente arraigado en el alma de los pueblos. Quizá, un hecho va a conducirnos a la huella justa, un hecho que se encuentra fuera de las esferas literarias pero que, sin embargo, ha causado la misma sensación y nerviosidad que este enigmático suicidio de uno de los más afortunados autores del mundo! Este hecho fué el ataque contra buques brasileños cerca de las aguas territoriales de la República. Habrá que encontrar el nexo de estos acontecimientos tan disímiles. Demuestra la experiencia, en general, de que la mala suerte de otros se soporta sin dificultad; pero que, la reacción en caso de una desdicha ajena, es más fuerte y rápida si se intuye: *tua res agitur!*, se trata de tu propia causa! Stefan Zweig dejó una carta, en ella debía aclarar el motivo de su funesta resolución. Pero, él que averiguó los escondidos y profundos secretos de almas tan místicas como las de Dostoiewski y Hölderlin, él que sabía exteriorizar tan claramente los sentimientos delicados como lo hace en sus obras "Cuentos en el Crepúsculo", "Temor", "Veinticuatro Horas en la Vida de una Mujer", "Impaciencia del Corazón", y pensamientos de índole tan noble como en el ensayo sobre Ernesto Renán, el filósofo israelita francés: él que sabía

retratar caracteres tan complicados como el de Nietzsche de modo tan rotundo, él que dominaba el lenguaje con maestría, él no podía aclarar, en su carta dirigida al Presidente del Peñ Club brasileiro, el secreto de su decisión, su causa y motivo de modo que se pudiese considerar resuelto el enigma que cubre con oscuras sombras el inesperado y trágico acontecimiento. Esta solución tiene interés no solamente para sus íntimos compañeros de suerte, sino, también, para el mundo latinoamericano, un interés distinto del literario. Pero así como la muerte de ese hombre noble y escritor de fama mundial, cuyos libros sobrepasaron los baluartes de veinticinco idiomas, nos deja muchos interrogantes, así, también, su vida y su producción literaria. Hay que despejar esta oscuridad para comprender sus últimas palabras: "Sería necesaria una gran fortaleza para reconstruir mi vida!".

Conocí personalmente a Stefan Zweig, fué compañero mío en dos sociedades de autores: en la gran sociedad de dramaturgos y en la más pequeña, pero más íntima, de los novelistas, durante muchos años. Una destacada cualidad de Stefan Zweig fué su modestia y el aprecio justo de los límites de su fecundo talento. Stefan Zweig no se consideraba como uno de los grandes creadores cuyos personajes, hijos de inventiva y fantasía, pasan a través de los siglos en una eterna juventud, como Rascolnikoff, Ana Karenina, Juan Valjean —héroe de los "Misérables"—, los padres Goriot y Grandin, los Pickwick, Cyrano de Bergerac y otros. Pero su éxito fué de primer orden, marcha a la cabeza de la época y, hay que decirlo, con ameritada justicia. Un éxito fantástico: hasta el año nefasto de 1933 no había en el mundo una biblioteca o un hogar culto en los cuales Stefan Zweig no estuviera representado con uno o algunos de sus libros. Esta popularidad sin par de un escritor medio novelista medio científico, dentro de diferentes grupos étnicos, fué cortada por la fuerza en la Europa Central donde se calificaba el valor de una obra literaria, artística o científica no según ella, sino según la ascendencia del autor. Pero la influencia de este europeo no estaba limitada a Europa, en las más pequeñas librerías de Latinoamérica se encuentran, traducidas al español, las obras de Stefan Zweig y en cantidades mayores que las de cualquier otro escritor, inclusive de autores latinoamericanos. ¿Quién fué el hom-

bre que supo trazar círculo tan gigantesco sobre el mundo espiritual, cuál fué la obra premiada con tan rarísima suerte? ¿Cuáles fueron, además, las causas de este éxito? Éxito de los trabajos en los cuales en sus temas como en su "recital épico", para servirme de término técnico, se dedicaron a los lectores clasificados por un alto nivel estético.

Stefan Zweig nació en el año de la muerte de Dostoiewski, es decir en 1881, en Viena, un veintiocho de noviembre, hijo de padres israelitas. Fué de familia rica, círculo industrial. En el tiempo en que yo conocí a Stefan Zweig, hace dieciseis o diecisiete años, era un hombre delgado, de mediana estatura, muy bien vestido pero sin chocanería, hablaba con acento vienés, y perpetua sonrisa se dibujaba en su boca. Nada, ni los ojos, indicaba en él a una personalidad destacada, sobre el nivel, de talento. Ya he subrayado su modestia encantadora: Zweig ni en el zenit de su fama hizo de pavo real. Al conversar extensamente se notaba al pensador de juicio, no a una personalidad de valor local sino de amplios horizontes. Tenía conceptos propios y bien definidos. Al respecto, voy a contar de un asunto en el que no estuvimos de acuerdo: en el año de 1926, junto con Ricardo Strauss, Ludovico Fulda, Gerardo Hauptmann y otros creadores, comencé la campaña para la extensión de treinta a cincuenta años de la protección de las obras espirituales post mortem auctoris; este proyecto se basaba en el hecho incontrastable de que los treinta años no abrigaban los intereses de los herederos más cercanos, como hijos, esposos y hermanos. Las hijas de Roberto Schumann no obtuvieron nada de las obras de su padre, tampoco el hijo del gran novelista Fontane y, precisamente, en esos momentos estaba por terminarse el plazo de protección para las obras de Friedrich Nietzsche, dejando a la hermana del filósofo, mujer vieja, la que había cuidado del enfermo y que administraba su herencia literaria, sin entradas de la venta de los libros. No se puede imaginar la pasión con que se llevó a cabo esta lucha de los "treinta" contra los "cincuenta": en esos tiempos los hombres luchaban por objetos de esta índole, mientras que hoy. En esta pelea de autores, Stefan Zweig estaba del lado contrario, seducido por la idea de sustraer al monopolio las obras para otorgarlas a la comunidad, vencidos los treinta años prescritos en las leyes de Alema-

nia y Austria. Se exteriorizó así el altruismo y el idealismo de Stefan Zweig aún en este caso poco justo: la lucha terminó con la promulgación de leyes para la prolongación anhelada, en Austria y Alemania. En el Ecuador rigen los cincuenta años desde 1887.

La independencia económica de Stefan Zweig le libró de prepararse para una profesión, podía seguir sus inclinaciones, estudiando filosofía y ESCRIBIENDO. Cuando contaba veinte años conoció al gran poeta flamenco Emilio Verhaeren, y esta amistad condujo a Stefan Zweig tanto física como moralmente, de Viena a Bélgica y Francia para visitar a su gran amigo que vivía parte del año en su tierra y parte en París: segunda patria de los intelectuales en tiempos pasados. Así conoció Stefan Zweig a Europa y a europeos como al gran escultor Constantino Meunier, a Rainer María Rilke, célebre poeta y secretario de Augusto Rodin, a Rodin mismo, a Max Reinhardt, al que el mundo debe el mejor teatro "que jamás existiría", también austriaco y europeo. Más tarde entraron en el círculo vital de Zweig: Toscanini, Gustavo Mahler, gran compositor y maestro de batuta, israelita, director de la Opera de Viena, Frans Masereel,, conocido pintor, y muchos otros. Para conocer mejor a Europa, Zweig se encaminó en grandes viajes a Rusia, China, Japón y Estados Unidos. Ningún círculo cultural le quedó cerrado. Siempre hacía sus viajes de ida y vuelta, regresando a Viena y más tarde a Salzburg, pequeña ciudad situada en las montañas de Austria y que es conocida en todo el mundo cultural por sus anuales fiestas teatrales, donde Max Reinhardt representaba "en plein air" con el bastidor maravilloso y único de la antigua catedral de Salzburgo "Miráculo" y "Jedermann", "Cada Hombre", antigua obra dramática novelada por Hugo de Hofmansthal, correligionario de Stefan Zweig, una advertencia a la humanidad de fuerza bíblica: representación indescriptible e inolvidable.

Las raíces de la obra literaria de Stefan Zweig no yacen en la tierra patria. No hay otro escritor austriaco cuya producción esté tan poco ligada con Austria, gran cuna del arte, como la de Stefan Zweig. El más fuerte poeta austriaco contemporáneo, Arturo Schnitzler, correligionario de Zweig, cuyas obras fueron quemadas, sacó, al contrario, toda la fuerza y la dulzura de sus crea-

ciones del ambiente austriaco. Pero al Europeo Zweig le interesaba más Sainte-Beuve que Hermann Bahr. Encontramos en sus versos "Bruges la Morte", ciudad belga llamada la muerta, Venecia, el lago de Como, Zürich..... pero casi ningún paisaje austriaco. Sus dramas tienen por escenario a Jerusalem —"Jeremías"—, el rococó alemán—"El Cómico Transformado", "El Ternero del Pobre", en Egipto y París; dos de los cuentos de la "Crónica pequeña", Alemania y el lago de Genf, "Las Horas Estelares de la Humanidad", Waterloo, California, Petersburgo, el Polo Sur y una solamente la región entre Karlsbad y Weimar; la "Experiencia Primera" pasa en Escocia, "El Cuentito de Verano" en Cadenabbia, "Veinticuatro Horas en la Vida de una Mujer" en la Riviera; en Gordone encuentra el héroe triste el "Derrumbe de su Corazón" y la tragedia sexual del profesor de literatura se desarrolla en una pequeña ciudad provinciana alemana; "El Candelabro Encerrado" está fuera de Europa, "Los Ojos del Hermano Eterno" nos contemplan desde Birdwag y, solamente, "La Impaciencia del Corazón" y algunos pequeños cuentos tienen por paisaje a Austria, sin que los personajes y su suerte tengan algo de común con este país. Entre sus tan célebres trabajos biográficos no hay uno que trate de una personalidad austriaca, no encontramos a la Emperatriz María Teresa ni al Emperador José ni al Príncipe Metternich; pero sí a María Estuardo, Fouché, Erasmo, Magallanes. Zweig tampoco busca la relación entre el autor y su obra en Grillparzer, Nestroy, Raimund, Schnitzler —conocidos dramaturgos austriacos—, sino en los franceses Balzac, Stendhal, Romain Rolland; en los rusos Dostoiewski y Tolstoi; en el italiano Casanova; en los alemanes Kleist, Hölderlin y Nietzsche. En "María Antonieta" no pinta a la hija de María Teresa sino a la Reina de Francia.

Con estos datos tenemos ya una vista panorámica de la amplia producción de Stefan Zweig. La lista de sus obras había que completar, para ser más o menos preciso, con el volumen "Acontecimientos con Hombres, Libros, Ciudades", compuesto de algunos trabajos, ensayos, críticas; hay que citar "Recuerdo a Verhaeren", ensayo sobre la poetisa Marcelina Desbordes Valmore; algunas líneas sobre el fundador del movimiento zionista Teodoro Herzl, también sobre Mahler, Toscanini, Máximo Gorki y un artículo de

gran interés "La monotonización del Mundo" y otros trabajos. Con esto ya va despejándose el enigma, porque, es claro, un escritor fijado de tal manera en lo internacional tiene más posibilidades de que sus obras traspasen las fronteras patrias que uno que se limita a su suelo natal. Aquí en el Ecuador tenemos un buen ejemplo en el ambateño inmortal Juan Montalvo, cosmopolita. El internacionalismo, en este sentido, no sólo es la preferencia por determinados temas sino la manera especial de exteriorizar los pensamientos: manera comprensible fuera del país, prescindiendo del idioma como tal, que facilita una traducción que sin igualar al original se acerque a él. Naturalmente este internacionalismo debe estar arraigado muy adentro, sin esa predestinación interior no se puede adquirirlo: es una cualidad original y no derivada, es una cualidad americana resultante del panamericanismo; pero es también una cualidad de los israelitas debida a la suerte histórica de este pueblo; es una cualidad buena, útil, noble que de ningún modo excluye el patriotismo, el amor a la tierra natal, como lo demuestra Zweig al escribir en su última carta: "Después de haber visto caer la tierra donde se habla mi lengua." El nacionalismo considera al internacionalismo como a traidor: pero ya sabemos, así nos enseñaban con sangre y fuego, a donde conduce el nacionalismo subrayado. El internacionalismo es sumamente conveniente a los países pequeños que podrán conservar su soberanía después de esta guerra, cuando el pensamiento internacional tendrá el mismo derecho que el nacional y cuando esta igualdad esté exteriorizada y asegurada en formas políticas.

A esta calidad del sentir y del pensar en amplios horizontes debe encuadrarse una obra para tener éxito como el de Zweig. Con esto entramos a la valorización del artista y su producción, es decir de la parte esencial de ésta, las biografías, los ensayos biobibliográficos y las más importantes de sus novelas, Stefan Zweig, capacitado en todos los ramos de la bella literatura, nos ha proporcionado algunos tomos de versos; pero estos versos no han trascendido a Latinoamérica, no porque tengan poco valer sino por faltar una traducción al castellano: entre las labores literarias de segunda mano, la traducción de versos es la más difícil; Zweig ha traducido con maestría a Verhaeren, Ver-

laine y Rimbaud y otros franceses sin que pueda encontrar para él un traductor de sus poesías líricas. También ha producido una serie de dramas con los que obtuvo un gran éxito, sobre todo con la adaptación moderna de "Volpone", obra del gran contemporáneo de Shakespeare Ben Johnson. "Jeremías", escrito y representado durante la primera guerra mundial, es otra obra muy conocida, es una expresión de su pacifismo. "El Cordero de los Pobres", es vertida al castellano. Otras de sus piezas son "Tersites", "Leyenda de una Vida", "El Cómico Transformado". Sin menospreciar su producción dramática, se puede decir que al hablar de Zweig no pensamos en sus dramas. Zweig, el célebre autor mundial, lo es primeramente por sus trabajos biográficos. ¿Por qué Zweig escogió como objeto principal de sus escritos la biografía? A mí me parece que uno de los motivos se encuentra en su origen, en su pueblo, que sabía satisfacer las necesidades de las masas en muchos sentidos. El instinto ha dirigido seguramente la atención de Zweig hacia la preferencia de los pueblos por este género de lectura, para dedicarse a este ramo de la literatura inaugurado por Plutarco y renovado de una manera fortísima por un hombre de su misma estirpe: Emil Ludwig Cohn, hijo del oculista de la Universidad de Breslau Hermann Cohn, de renombre mundial por haber introducido la higiene escolar de los ojos. A principios de este siglo el público se hartó de obras hijas de la imaginación, de la fantasía; la gente deseaba la invención artística. pero comprobada y ajustada a la realidad histórica: en Alejandro Dumas, padre, encontramos esta mezcla de fantasía y de historia, pero la dosis puramente fantástica es demasiado grande: todos sabemos que en la química el arte de dosificar es de suma importancia, lo mismo sucede en la literatura. Ludwig con su libro sobre Guillermo II, ha inaugurado este movimiento para escalar a la cumbre del éxito con la biografía de Napoleón. Con el mismo instinto siguieron los pasos del primer biógrafo moderno André Maurois, destacada personalidad de la literatura francesa, también israelita, y Zweig. Los tres son los principales, hay también otros de segundo orden. A mí me parece que el pueblo encuentra su mérito en esta literatura, que es casi indispensable, que conduce a las masas a una diversión seria, culta, de positivo valor, estas masas que antes perdían

su tiempo con obras idiotas como las de Wallace o con las que encontramos en el cinematógrafo, con sus representaciones en su mayor parte fastidiosas, como único medio de diversión. Proporcionarles enseñanza y esparcimiento... de una manera literaria, me parece un mérito enorme de los tres autores israelitas. Sería superfluo en tiempos normales subrayar el origen racial de un autor al hacer una reseña de su obra, pero los tiempos no son normales sino anormales, de una brutalidad desconocida hasta hoy; la propaganda de los enemigos de los países americanos ha echado el contenido de todas las cloacas sobre el pueblo que tiene por hijos a Ehrlich, Einstein, Wassermann, Enrique Hertz, descubridor de las ondas eléctricas, de Enrique Heine, de Freud, autor de la ciencia psicoanalítica, de Emil Ludwig y de last not least de Stefan Zweig, hombres cuyo aporte a la cultura científica y literaria americana es mucho más grande que la de los alemanes, japoneses e italianos. ¿Cómo hablar del "germano" Ludwig como biógrafo del Libertador, si los germanos tendrían mucho gusto en matar al mismo Ludwig como judío y demócrata? En lugar de comprender que la persecución racial fué el comienzo de la segunda guerra mundial, en lugar de aprovechar la advertencia que significaba este ataque racial, por desgracia, la propaganda tuvo éxito, por desgracia digo yo para los pueblos que ahora reconocen sus errores, una hora antes de media noche, es decir tarde.

Además, la cualidad más importante de un biógrafo, es la participación sentimental y espiritual en la suerte ajena, el acomodarse a relaciones y condiciones y formas de vida social ajenas, examinar ambientes extraños, la "Einfühlung": es en castellano la introducción de nuestra inteligencia y de nuestros sentimientos en las vidas ajenas. Esto no es una virtud ni una característica exclusiva de Stefan Zweig, sino que se encuentra en muchos de sus hermanos, en Freud, por ejemplo, que aprovecha de esta facultad para fines científicos, no artísticos como Zweig. Especialmente, él dispone de un finísimo instinto para captar los valores reales en esta época satisfecha de literatura barata, esto se destaca en la obra maestra "María Estuardo". La reina escocesa era muy popular en las naciones de habla alemana, tan popular como ciertas melodías de Giuseppe Verdi que eran tocadas tan frecuentemente que moles-

taba oírlas! Esta popularidad la debe María Estuardo al dramaturgo Schiller, él que en su drama al respecto la describe como una mujer víctima de la bajeza de Elisabeth, reina de Inglaterra; hecha como una estatua de azúcar: toda noble, delicada; todo liso, todo redondo. . . . pero todo mentiroso y fastidioso no obstante existir esa impresión de María Estuardo. Tarea ardua la de presentar a la otra María, a la verdadera, Zweig emprendió en el trabajo gigantesco de averiguar la verdad a través de montones de crónicas, informes, documentos, estudios, etc., y salió airoso. Descubrió a una mujer con todos sus atractivos y todos sus pecados, con sus amores y crímenes, con su orgullo y su bajeza en sus relaciones con ese Bothwell, especie de rastacuero, bel ami, bandido amparado por su título de "lord". Y esta María vence a la de Schiller, la mata casi, despertando el interés del mundo para su persona. Renacimiento, popularidad nueva y de larga duración. Hay que ver la pintura que hace Zweig de los varones que rodean a la hembra coronada por. . . . sus pasiones: ese italiano Riccio, músico, a quien matan los lores en presencia de la reina enamorada, es una escena terrible y espléndida desde el punto de vista dramático: Ruthven calenturiento, protegido por una coraza, entra, se acerca al tembloroso Rizzio que se esconde detrás de la falda de María, lo toma; otro le ciñe un lazo alrededor del cuerpo para sacarle fuera, María protesta furiosa! En el tumulto cae la mesa, se apagan las luces del candelabro y Rizzio, desarmado y débil, ni héroe ni guerrero, se pega a la mujer amenazada también, gritando: "Madona yo sono morto, giustizia, giustizia!". Luego ese mozo podrido de Darnley, y Bothwell, varón hercúleo, que viola a la mujer sin respetar a la reina y que es objeto, después de un tiempo, de un amor esclavo por parte de ella! El coro de los lores, la red de intrigas, el ambiente de entonces con sus extrañas costumbres y, por fin, la armonía entre los diferentes elementos, arte sumo para aclarar hasta el último rincón una vida tan complicada como la de María Estuardo. Todo gira en torno de la figura central! El recital épico avanza con una intensidad casi desalentada! Y, sobre todo, la luz de la realidad iluminando la composición desde adentro. En nuestro círculo espiritual imaginativo entra un nuevo personaje: "Cuando el negro manto, cuando el oscuro corpiño caen de

sus hombros, brilla la ropa interior de seda roja y cuando las criadas le ponen los guantes rojos sobre las mangas, álzase allí, de repente, como una fina llama sangrienta, figura magnífica, inolvidable!", dice Zweig, él mismo entusiasmado con María Estuardo.

Entre las biografías noveladas conozco solamente una que impresiona aún más que la obra de Zweig: es la novela corta "El oro de Cajamarca", de Jacobo Wassermann, gran novelista no alemán sino judío: de su lectura nace una indignación tan fuerte contra esos matones españoles y tanta compasión para Atahualpa que se siente un dolor casi físico, que inspira temor el repetir su lectura.

¿Quién no ha encontrado a José Fouché en libros históricos, en cuentos y novelas? Napoleón y Talleyrand, Michelet y Luis Blanc y Honorato de Balzac escribieron sobre él y, aún, existe una biografía completa de Fouché a la cual considera Zweig monumental. Todo el mundo conoce al terrible burócrata lavado con todas las aguas de esta profesión inmortal y nefasta que es una de las causas de la decadencia de Occidente y... quizá del mundo. El despacho, el papeleo, los escondidos trucos aparecen indispensables. En pocas palabras Zweig caracteriza al maestro-cura, verdugo, diplomático, jefe de la gestapo napoleónica: "Jamás ejerció visiblemente el poder sin embargo de tenerlo totalmente, manejó todos los hilos y jamás cargó con la responsabilidad". Al principio de su libro, dice Zweig que la mayor parte del material de su estudio se lo debe a la biografía de Madelin; pero, ¿por qué esa biografía, esa obra monumental, no se encuentra en todas las manos mientras el trabajo de Zweig traspasa todas las fronteras? Porque él sabe poner colorido, dar un ritmo a la narración, dramatizar los acontecimientos y descubrir las junturas. Presenta a su héroe o víctima como al público espectador le gusta, a plena luz de las lámparas, conduciéndole en los entreactos del espectáculo detrás de los bastidores! Iguala a esos artistas de la prestidigitación —sit venia verbo— que dejan admirado al público con sus hechicerías y, aún más, con el descubrimiento del secreto: y en este arte Zweig aparece perfecto en su "Fouché", y por eso se comprende que mucha gente considere a esta biografía como la mejor entre las obras de Zweig.

Entresacamos unas líneas maestras de la obra: "Allá en Neuilly ocurre esta escena lúgubre y fantástica, digna de un Shakespeare o de un Aretino: el Rey Luis XVIII, descendiente de Luis el Santo, recibe al cómplice de los asesinatos de su hermano, al siete veces perjuro Fouché, al Ministro de la convención, del emperador y de la república, para tomarle juramento, el octavo juramento de fidelidad". Y luego: "Figura imposible de descubrirle totalmente. Pero precisamente por eso, conduce a uno siempre de nuevo a este juego inquisitorio que él mismo sabía manejar como maestro". Estas últimas líneas del libro indujeron a una dama, entusiasta por la obra, a preguntar si Zweig no tendría las mismas cualidades del personaje retratado cuando las reproducía de una manera tan perfecta. Cómo no, se le contestó a la dama, pero esas cualidades no son las únicas de Zweig, tiene también las de María Estuardo, Magallanes, Tolstoi, Erasmo, Balzac, Kleist, Nietzsche, María Antonieta, Stendhal y de todas sus figuras, de modo que se establece un equilibrio entre las buenas y las peligrosas de manera que de estas cualidades no se demuestran en hechos... sino en literatura.

La misma situación de María Estuardo y Fouché encontramos en María Antonieta, más acentuada aún. Personaje de inmensa popularidad, de la que se ha hecho un sinnúmero de descripciones, por esto el éxito sin paralelo de Stefan Zweig parece más grande. En Erasmo de Rotterdam se nota un aflojamiento de la fuerza creadora y descriptiva: la contraposición de Erasmo y Martín Lutero parece muy artificial, no convence. Se reanima en Magallanes, con el que Zweig aumenta considerablemente el círculo de sus admiradores, especialmente en Latinoamérica.

Pero, no era solamente un retratista sino, también, un creador de primera fuerza, produciendo obras hijas de su inventiva y fantasía: novelas cortas, no alcanzan el volumen de una novela como las de Emilio Zola, Thomas Mann o Jacobo Wassermann. Se puede decir que Zweig ha creado una nueva forma especial para esos trabajos medio cuentos, medio novelas, medida sabia de un hombre que como Stefan Zweig, conocía tan bien sus facultades. Si queremos poner todas estas obras en un denominador: "Veinticuatro Horas en la Vida de una Mujer", "Turbación de los Sentimientos", "Amok", "El Calendabro Enterrado",

"Derrumbe de un Corazón", "Impaciencia del Corazón", etc., habrá que decir que Zweig jamás relata el desarrollo de la vida íntegra de una persona, ni nos presenta un personaje de pies a cabeza, íntegro, no nos proporciona una descripción general, por decirlo así, como "Ana Karenina", como Rascolnikov, Bel ami, Nicolás Nickelby, Renate Fuchs; tampoco una época o un fragmento de ella como en "Debauché", "Paz y Guerra", "Cristiania Boheme" de Hans Jäger, no, con intención y en consecuencia Zweig se limita —sólo los diletantes pueden todo, es decir nada— a presentarnos uno o más personajes en una situación rigurosamente definida, para despedirlos una vez terminada la situación. El médico, en "Amok", se encuentra en situación crítica al estar amenazado por el ruego de una mujer para que corte su embarazo; en la óptima novela de Zweig "Veinticuatro Horas en la Vida de una Mujer", basta con el título para comprender que se trata de un episodio; en "Derrumbe de un Corazón", la aventura amorosa de la hija mata al viejo padre; en la "Confusión de Sentimientos", vemos al profesor de literatura bajo el peso de sus perversos sentimientos frente a un alumno; en la "Impaciencia del Corazón", la novela más larga de Zweig, una muchacha tullida se muere por amor a un teniente de caballería, su limitada situación se simboliza en sus muletas y máquinas para los pies paralizados. Zweig se sirve de un medio técnico que se llama pars pro toto, parte por todo, mientras en las biografías sigue el principio contrario: hacer surgir totalmente la persona del ambiente detallado. Las figuras de su fantasía jamás las sitúa Zweig en su clima natural, sino para mover su temperamento en un clima tropical —hablo en símbolos— y cuyo calor aumenta con el aliento de una dialéctica sobrecargada. Por esto nace esa tensión, esa tirantez, esa expectación en el lector, que le pega al libro desde la primera hasta la última página. Esta expectación, que le quita al público el aliento espiritual, es la característica de la novela zweigiana, el factor decisivo para el éxito mundial. Estos trabajos son obras maestras. El elemento material es muy pequeño y se puede condensarlo en una sola frase, pero, pero, ¡cuánto extrae el poeta de esa pequeña caja mágica! En "Impaciencia del Corazón", por ejemplo, tiene en cada página casi un episodio, una sorpresa, una perspectiva. Así trabaja el artista,

mientras el dilettante anda acumulando, regularmente, materia, materia, materia, sin saber qué hacer con ella, sin darle forma y amoldarla; ejemplo: "La Vorágine", cuyos méritos se encuentran en otro terreno que el artístico.

Lo que nos conduce, siempre de nuevo, a tomar una obra de Zweig del anaquel, lo que nos encanta en estas obras trágicamente acentuadas, es la maestría del autor. Aquí trabaja un hombre que conoce su profesión, su arte, su oficio, hasta la perfección! Un personaje así, sea un escritor, un pintor, un médico cirujano, aún un sastre (como Poiret), un diseñador de máquinas, nos eleva siempre. ¿Por qué? Nuestra vida es una lucha del espíritu con la materia y el maestro vence a la materia decisivamente. Desaparecen las leyes Newton, estamos elevándonos y este movimiento nos lleva al éxtasis de que hemos hablado. Hasta esta perfección llegó Stefan Zweig dentro de su ramo, especialmente en las biobibliografías. Si bien "María Antonieta", "María Estuardo", "José Fouché", "Magallanes" habían sobre todo hecho célebre al autor; según mi parecer, valen más sus ensayos y estudios sobre los hombres de la pluma. A veces entra Stefan Zweig en los secretos y palacios de las reinas María un poco tímido, sin el coraje de criticarles severamente; con los intelectuales se siente unido por la profesión común y su juicio es aquí más libre, y su crítica se levanta, como veremos pronto, hasta juzgarlos fuertemente. Además, en las biobibliografías Stefan Zweig saca agua de las mismas fuentes, es decir de las obras de los retratados y de algunos datos de su vida, de manera que estos trabajos son independientes; mientras que en los otros, prescindiendo del modo sutil de utilizar los trabajos anteriores y del espíritu propio en la creación, se refieren a trabajos anteriores como a la biografía de "María Estuardo", por lady Blennerhasset. Pero de las bibliografías de Zweig podía decirse, de un modo absoluto, con Musset: *mon verre est petit mais je bois dans mon verre*. Pero, quizá, pueda hacerse otra objeción: en los ensayos sobre Tolstoi, etc., al ocuparse, ante todo, de la psicología, su lectura no es fácil, al contrario, está dirigida a gente que ya posee cierta cultura, que conoce a los "Hermanos Karamasoff", "Así Hablaba Zarathustra", "El Príncipe de Homburg", "Empedocles", "La Comedia Humana", "Rojo y Negro", "Los Pickwicks" y las memorias de Casanova en diez grandes tomos. Pero, ¿esos

lectores necesitarán comentarios para comprender las obras? No, seguramente, y Zweig, sabiendo muy bien esto, no hace comentarios para que sean más comprensibles, dejando las anotaciones de esta índole para los profesores de literatura. Zweig busca y encuentra la relación entre el individuo y el escritor en sus grandes co - profesionales de la pluma. Y conquista con estos retratos sintéticos —por decirlo así— a menudo acompañados de radiografías, otra vez al mundo culto y espiritual. Sabe resumir los múltiples detalles y de trecho a trecho confusos en una frase, poniendo así luces en la pintura. De Nietzsche dice, por ejemplo, que siempre está en camino hacia Damasco; compara a Hölderlin con Francisco de Asís, y a Dostoiewski con Rembrandt; de Kleist dice que ha sabido poco de la realidad, pero mucho de la esencia de la época; anota la frase que Casanova dijo a Voltaire: "Ame usted a la humanidad, pero así como es." Palabras filosóficas que, sin embargo, en nuestros tiempos carecen de filosofía... para muchos.

Sorprende el juicio sobre Nietzsche; Stefan Zweig lo proclama el más grande espíritu del siglo: no queremos discutir este juicio. Pero, en honor a la verdad, tenemos que decir que aquello de que Nietzsche no hubiese creado una enseñanza pero sí una atmósfera de independencia magnífica, es decir una atmósfera infinitamente clara... luminosa, de una naturaleza demoníaca, no es verdadero; al contrario: la atmósfera nietzscheana era una oscuridad profunda iluminada con relámpagos lejanos. Todavía más, Stefan Zweig, acostumbrado a leer, entre las líneas de sus héroes, no conoce el peligro que entrañan los lemas o adagios poético filosóficos como "Fuera del bien y del mal", "Superhombre", "Desestimación de los valores", las banderas filosóficas de los alemanes. En este desconocimiento se esconde una de las causas de la tragedia del extinto: falta de preparación moral para enfrentar el barbarismo totalitario. Cita la orden del poeta alienado a las potencias europeas para una acción militar conjunta contra los alemanes; pero también la profecía: "Un día se unirá a mi nombre la memoria de algo gigantesco, de una crisis, como no lo hubo jamás en el mundo... de una decisión conjurada contra todo, que hasta entonces era santo y tuvo fé." Zweig no sigue el pensamiento del profeta ya loco, empeñado, desgraciadamente, en investigaciones psicológicas. No se le ocurre frente al

Nietzsche contemporáneo, las palabras del gran poeta y profeta Enrique Heine, pronunciadas en el año 1852: "No riais de mi consejo, consejo de un soñador, que os previene de los Kantianos, Fichteanos y filósofos naturistas! No riais del fantasma que en el reino de las apariencias espera la misma revolución que ya hubo en el reino del espíritu. El pensamiento se adelanta al hecho como el relámpago al trueno." ¡Esta obra destructora de los filósofos alemanes la ha continuado Nietzsche, él es hoy el filósofo de los alemanes! El no ver esto es tanto más extraño cuanto que Zweig estuvo en guardia adivinando un peligro cualquiera para Europa, su patria, de la cual se despide en su última carta.

En el estudio sobre Dostoiewski, después de cien páginas de veneración y admiración, encontramos el siguiente ataque: "Y terrible es el mismo Dostoiewski, al predicar este mensaje de redención ruso a nosotros los europeos como a paganos perdidos. Un monje malo, fanático, de la edad media, llevando en la mano como un flagelo la cruz bizantina, así presenta ante nosotros el político, el fanático religioso. Como un delirante... en erupciones de furia demoniaca está mostrando su pasión inmoderada. Un destructor de lienzos, un iconoclasta furioso cae encima de los santuarios de la cultura europea. ¿Qué es Europa? Un cementerio, quizá con algunas tumbas caras, pero ahora hediendo de putrefacción, sin proporcionar abono para la nueva sementera. Nuestras ciudades, Babilonia. Nuestra ciencia, espejismo vano. Democracia, caldo ligero de sesos blandos. Revolución, una majadería atrevida de locos y engañados. Pacifismo, habladuría de viejas. Tocan las dianas de guerra: hay que aplastar a Austria, humiliar a Alemania, vencer a Inglaterra... Imperialismo loco, grita: Dieu le veut (Dios lo quiere). Por el reino de Dios el mundo entero para Rusia."

Con adjetivos semejantes trata Zweig a Tolstoi al hablar de la época evengelista de éste (no es necesario decir que fuera de esto Zweig reconoce el genio de Tolstoi). En todo lo que el Conde se dirige contra la fuerza, la propiedad, el Estado, la Iglesia, el arte y el socialismo, predicando la religión cristiana, la que no conoce todo esto y reprueba la desigualdad; Zweig denomina estos trabajos de Tolstoi como "las enfermedades más desagradables del tolstoismo... ejemplos fastidiosos de un pensar confuso, aún deshonesto". Opina que Tolstoi juega, como pensador teórico, un juego

malo y engañoso y pregunta: "Considerará Tolstoi verdaderamente a Beethoven como a un seductor voluptuoso; los dramas de Shakespeare como tonterías, sin duda; la obra de Nietzsche por una habladuría enfática, bruta, tonta; será para él, en realidad, el arte sólo un lujo de hombres vagos? Todas son sentencias de Tolstoi". "Las teorías depresivas de Tolstoi representan un solo atentado contra la alegría de vivir y "nuestra Europa no tuvo la gana de volverse de repente estúpida, tonta y môngola", dice Zweig contra Tolstoi. ¿Hubo, en esos tiempos, un europeo que al leer esto no hubiera aplaudido a Stefan Zweig? Ni uno, claro; pero ninguno de ellos comprendió que en estos himnos fantásticos sobre la vida primitiva se escondía un instinto para la ahíta Europa, el conocimiento terrible y formidable de ver la marcha de la cultura europea hacia el vacío y ninguno adivinó la decadencia de Occidente.

De igual manera sabía defender Stefan Zweig a su amada Europa contra otro peligro, el peligro de la monotonía, reconociendo con esta defensa el fenómeno de nuestra época. Así dice en 1925: "Los síntomas indican la uniformidad del baile; después la moda, la que nunca ha tenido esa igualdad relámpago de nuestra época; además el cine, del que dice: "Sincronismo inmenso sobre todos los países e idiomas, creación del mismo gusto o mal gusto, en masas de millones de millones". Extinción total de todo colorido individual. Cuarto: la radio. El londinés, el parisien- se, el vienés escuchan en el mismo segundo la misma melodía y tal uniformidad embriaga por su extensión. . . . Una sobriedad o indiferencia del alma, una seducción peligrosa para la pasividad individual. . . . el individuo se acomoda al gusto del rebaño. Consecuencia: fin de toda individualidad. El arte de la palabra, la conversación, se descompone en el baile y el deporte, se brutaliza el teatro en favor del cinema. Por la fuerza se introduce en la literatura el éxito de la moda estacionera. . . . y por tener todo un plazo breve, se aumenta el consumo. La cultura se transforma así en un fenómeno muy raro como todo lo que se logra con el esfuerzo individual". El europeo Stefan Zweig ve el origen de esta ola de terrible monotonía en los Estados Unidos de América —¿por qué callar esto?— y dice: "En realidad nos volvemos colonias de su vida, de su modo de vivir, esclavos de una idea ajena en lo más profun-

do de la idea europea". ¡Qué justa esta defensa cultural contra Dostoiewski, Tolstoi y la monotonía! Y, sin embargo —¿por qué callar esto tampoco?—, ¿todo esto, no se nos presenta muy extraño a la luz infernal de estos días... en que nosotros estamos volviéndonos tan modestos y nos contentamos con contemplar la monotonía septentrional como una fiesta que siempre nos salva del entorpecimiento totalitario en una u otra forma? El europeo Stefan Zweig quería salvar el goce de la vida. Pero, ¿qué es un europeo? Un europeo del año 1881 —me parece el último año en que nacieron europeos— ha leído a Sófocles en griego, recuerda hasta los sesenta años el *andra moi ennepe musa polytrophon hos malla polla*, prefiere Ovidio-Naso al seco Horacio y Catull a Ovidio, habla por lo menos tres idiomas modernos, se viste muy bien, sin preocuparse, se afeita todos los días —para satisfacer a Schopenhauer—, tiene una gran biblioteca en la que nunca se encuentra un libro de Wallace, de Ernst Haeckel, de Marcel Prevost, pero hay siempre una vieja edición de las obras completas de Enrique Heine, alaba al pacifismo, ha visto cinco o a lo más diez películas, pero en cambio ha asistido a centenares de representaciones de buenos dramas y comedias en buenos teatros, tiene siempre la oportunidad de oír "La Belle Helene" y "Orfeo en el Infierno" de Jacques Offenbach —compositor no alemán, sino correligionario de Stefan Zweig; además, "Carmen", la ópera que encantaba a Nietzsche y, sobre todo, la ópera "Pelleas y Melisande" de Maeterlinck-Debussy; tiene pocos pero verdaderos amigos: siempre cumple con su palabra tanto en los grandes asuntos como en los pequeños compromisos, le gusta viajar, jamás se emborracha, reacciona ante todos los atractivos del mundo exterior, lee varios periódicos de diferentes tendencias, trabaja intensamente, piensa ampliamente, es dinámico y goza de la vida. Tiene otros rasgos y características, pero cada uno puede completarse el retrato... y ya tenemos a Stefan Zweig, al hombre, agregándole características especiales: el talento literario y el miedo para los acontecimientos que le pudieran sobrevenir, para las aventuras y sorpresas de la vida; dice: "Para el escritor verdadero cada pasión otra que la de crear es un desvío". No conocemos nada de éstas en el curriculum vitæ del fallecido. El acontecimiento más destacado, según mi parecer, fué su estadía

en Zürich, durante dos meses cuando la guerra. Conoció a Romain Rolland y representó el drama pacifista "Jeremías", en medio de "ciento veinte millones de hombres en lucha". En sus extensos y numerosos viajes no le ocurrió ninguna aventura, casi no recibió impresiones fuertes, con una excepción: Latinoamérica. Conocemos una carta de Stefan Zweig escrita en el año 1936, dice así: "Sé exactamente con qué pasos agigantados progresa allí (en América Latina) la vida espiritual, y creo que, luego de algunos años de cierta paralización de los Estados de habla española, partirá justamente de Sudamérica un nuevo impulso. Interiormente estoy resuelto, desde hace tiempo ya, de volver a la América Latina, sólo conozco a México y Cuba, pero creo que es más importante e interesante para nosotros que la América del Norte". En el mismo año visitó Zweig al Brasil, consignando sus impresiones en un ensayo en el que dice: "Para mí personalmente fué este viaje al Brasil una verdadera curación del alma". Le entusiasmó este magnífico e inmenso país, sus ciudades, su economía, su lealtad, y con este entusiasmo le viene a nuestro autor una convicción de importancia mundial histórica. En los actuales momentos esa convicción de Zweig (y otros) tiene aplicación práctica y es la siguiente: "Además tenemos que acostumbrarnos al fin y al cabo (ya es tiempo, buen tiempo) y variar nuestra óptica europea y conocer lo que los otros Continentes están desarrollando en otras latitudes, totalmente otras, y que el centro de gravitación está desplazándose de nuestra "pequeña península de Asia" —Europa— de una manera crítica". Tan crítica, como podemos conocer hoy, que la guerra del Pacífico tiene un papel predominante en la conflagración mundial y que la duración de ésta se alarga quién sabe hasta cuándo, y que Latinoamérica, sin ninguna duda, tendrá por necesidad que volverse beligerante. Dice Zweig que "Brasil, en pocos decenios más, será uno de los más poderosos e importantes países del mundo entero". Este viaje efectuado en 1936 no debía tener vuelta, aunque tuviese proyectado regresar a Salzburgo. Al hijo de padres ricos, al escritor célebre, al favorito de la suerte, al que se contentó con describir aventuras ajenas, le fué impuesta la propia aventura, el suceso propio, por la dura fuerza del destino: la emigración, sea que Stefan Zweig, no conozco los detalles, tu-

viere que abandonar Salzburgo, sea que no pudiese regresar, el efecto es el mismo, para no correr la suerte de su amigo Egon Friedell, autor de una historia muy conocida de la cultura, el que, al entrar a su casa una patrulla parda para arrestarlo, se echó del tercer piso a la profundidad... eterna. Tuvieron que huir numerosos intelectuales de primer orden como Freud, Einstein, Francisco Werfel, Ernesto Toller, Max Reinhardt, Alfredo Kerr, Emilio Ludwig y otros. ¿No se impone aquí el interrogante de cuál será la civilización, la moral, la cultura; cuáles las intenciones y planes de un país en el que hombres de esta talla no puedan vivir, de un pueblo cuya mayoría abrumadora no tiene otro propósito con intelectuales que el de matarlos? ¡Intelectuales cuya vida, cuyas ideas, cuyos conceptos están expuestos claramente a la luz del día, intelectuales aún apolíticos! En Europa se quiere matar a Stefan Zweig y en el Brasil se le recibe con benevolencia, cariño y gratitud; y al ocurrir su trágico fin, el primer mandatario ordena que sus funerales sean costeados por el Estado, como con los beneméritos de la República. Vale la pena reflexionar sobre el particular.

La forzosa necesidad de caminar, ese bastón nudoso en su mano acostumbrada a sostener la fina pluma, este viaje sin vuelta... parece que ya, desde el primer momento, hubieran quebrantado la energía vital de Stefan Zweig, de una manera imperceptible pero real. Hay un soneto de Sully Prudhomme, "Le vase brisé", en el que el poeta francés compara a un vaso invisiblemente hendido con el alma humana: es el caso de Zweig.

Encontramos a Stefan Zweig en Londres, en donde se ocupaba, como siempre, en sus trabajos literarios, reuniendo dispersos ensayos en un tomo que publica bajo el título de "Encuentros con Hombres, Libros, Ciudades", no se le nota ninguna depresión, al contrario, en "Desatosisgamiento moral de Europa", discurso pronunciado en 1932 y reproducido en 1937, se destaca cierto optimismo, una esperanza de curación para la enferma Europa mediante el entendimiento mutuo entre los hombres, las convicciones, las culturas y las naciones. Pero... pero Zweig, naturalizado inglés, ciudadano entonces de la gran nación patria de Shakespeare, Byron, Dickens, Cromwell, Benjamín Disraeli, Winston Churchill y de tantos héroes desconocidos de la

primera y segunda guerra mundiales, digo, Stefan Zweig no se queda en Londres, si bien encuentra allí a muchos compañeros de suerte, intelectuales refugiados de Austria y de Alemania. Zweig sale de Europa, su patria, y se dirige a la Argentina, dando una conferencia en Buenos Aires; después a New York. Allí encontró una colonia de refugiados más grande aún que la de Londres, y, además, la memoria de Ernesto Toller, quien, poco antes de llegar Stefan Zweig a divisar la estatua de la libertad, había dejado voluntariamente la vida en un pequeño cuarto de hotel. ¿Por qué? ¿Por motivos económicos? No! ¿Amorosos? No! Entonces, ¿por qué? Puede ser que esta interrogante haya empujado a Stefan Zweig a continuar la marcha... con su cayado de peregrino. Se fué de Londres... por haber visto "caer a mi patria espiritual, Europa, destruyéndose". Pero nada dice la carta sobre su salida de los Estados Unidos. No encontró allá ni "en nuce" Europa. ¿Qué es Europa, patria espiritual de Stefan Zweig y de tantos intelectuales de toda clase e índole? Europa es el más grande esfuerzo cultural realizado por la humanidad hasta hoy. Europa en el sentido cultural significa una comunidad intelectual, comunidad no de idiomas, hay tantos y tan diferentes dentro de sus límites! No: eran los lugares de cultura comunes en París, Berlín, Londres, Roma, Estocolmo, Moskou, Zurich, Copenhague, Oslo, Varsovia, Bruselas, Viena, Amsterdam, Praga, Madrid, Salzburgo, San Moritz, Bellagio con la villa Serbelloni, con el panorama de los tres lagos y la cordillera de los Alpes, y en Ginebra; las fuentes de cultura comunes eran: los diez mandamientos, los derechos del hombre, las religiones; además, el arte, la literatura, la ciencia y la música, en perfección y abundancia. En todas las regiones europeas el nivel cultural era el mismo. Si un lugar, quizá, era deficiente en ciencias creaba un equilibrio con su música, por ejemplo. Era igual la reacción ante ciertos atractivos, estímulos e irritaciones: no hubo discrepancias sobre la representación de un drama de Max Reinhardt en el "Teatro Alemán", tampoco sobre un lienzo de Max Liebermann, célebre pintor correligionario del extinto Stefan Zweig, no alemán. El desarrollo cultural no encontró ningún obstáculo, ninguna frontera, ninguna aduana. Dentro de esta "política cultural" el principio de la fuerza, de la mayoría, no tenía sitio: los pe-

queños círculos culturales tenían el mismo derecho que los "grandes". En el primer decenio de este siglo, la pequeña Noruega se enseñoreaba en el teatro europeo, por su gran escritor y dramaturgo Enrique Ibsen, un país de tres millones de habitantes; Suecia, un poco más tarde, por Augusto Strindberg, poeta inmortal. La escuela, el teatro, el concierto, las salas universitarias proporcionaban a los europeos algo más que conocimientos, diversión, ciencia: les proporcionaba un sobrante de todo eso como elemento esencial de su alma, reglando mecánicamente los gustos, los hechos y los trabajos de los europeos. Porque erudición y civilización no son cultura. Hay gente que ha leído la Crítica de la razón pura y que se lava tres veces al día, y que, sin embargo, desde el punto de vista cultural, es más salvaje que los antropófagos. El ejemplo lo encontramos tan cerca que no vale la pena nombrarle. Europa, flor de la cultura humana, ha creado una ética espiritual, válida en todo el mundo. Sus afiliados se comprendían inmediatamente, sin más dificultades! Zweig fué favorecido con el nacimiento en 1881, último año en que se daba a luz europeos, de manera de poder gozar muchos años, como hombre maduro, hasta el 1º de agosto de 1914, de esa encantadora atmósfera europea que después se hizo más y más irrespirable. Olas de sangre inundaron el maravilloso paisaje cultural; las uniones orgánicas que aseguraban a Europa, se resquebrajaron en la pelea; el "odio alzó su frente satánica y erguida, como alzan sus doradas cabezas las serpientes", como diría un poeta nacional. Los diez mandamientos enmudecieron totalmente, las religiones se entorpecieron, la libre expresión y el arte fueron encadenados, la ciencia se prostituyó o murió de hambre. La atmósfera europea se volvió espesa, opaca, hedionda como la peste; Francia, entonces el centro de la cultura mundial, una ruina! Y los otros círculos culturales de ex-Europa demostraban al cabo de un año de guerra, que no podrían resistir las devastaciones vandálicas de una guerra larga. Y la guerra será larga, de modo que Stefan Zweig, uno de los últimos europeos, tuvo razón de irse al Brasil, con el rodeo indicado, en donde, según su carta, creía poder reconstruir su vida. Pero entre este propósito y su realización se interpuso el suceso de que hemos hablado al principio: el ataque de los totalitarios contra el Brasil con el hundimiento

de buques, dirigido contra el último refugio del hombre acorazado. Las últimas fotografías de Stefan Zweig no nos muestran su sonrisa, sino, en los ojos, ese sentimiento, ese miedo, ese horror y espanto del corzo perseguido por el cazador que salió en busca de presas; símbolo de Europa. En esta misma Universidad he denunciado a este cazador en 1938! Ante este golpe la hendidura invisible del vaso apareció, y el vaso tan fino y tan noble en su composición, tan artístico en sus formas y color, se rompió en dos pedazos. Pero con estos pedazos de la energía vital, Stefan Zweig, esa alma buena, quería servir al país que con tan magnánima hospitalidad le había recibido, advirtiéndole la importancia de ese peligro todavía despreciado por millones y millones de hombres! Así, y no bajo el punto de vista de una debilidad hay que conjeturar al hecho trágico. El sabía muy bien que esta guerra desencadenada por los totalitarios, no es una guerra de ideologías —¿qué ideologías?— no es una guerra de ejércitos, ni una guerra diplomática, sino una lucha de hombre contra hombre, mujer contra mujer, juventud contra juventud, sólo por el ansia de exterminio. Y con la advertencia de esta guerra a muerte se realizó en la vida de Stefan Zweig una transformación profunda: el hombre de pensamientos se volvió hombre de hechos; el novelista y biógrafo, político. Y al mismo tiempo, en situación rápidamente creada de tensión y expectación enormes, Stefan Zweig, el escritor de vida tranquila, el enemigo de correr aventuras, vivió la más emocionante, la más grande, la más bella, la más encantadora aventura: que proporciona el amor de una mujer, la que rodeando sus hombros con el brazo consolador le acompaña con paso firme en su camino hacia aquellas regiones de donde ningún peregrino regresa. Por extraño que parezca, no se encuentra en su carta de despedida ni una palabra acerca de la esposa que, con su heroísmo tierno y sensible, disipó en el marido amado el miedo, ese sentimiento tan ridículo como muy humano de "llevar la soledad por toda la eternidad de la muerte", como dijo el mismo Stefan Zweig en su estudio sobre Heinrich von Kleist al describir el suicidio del poeta en compañía de una mujer. Pero mientras el dramaturgo alemán (Kleist) dice en sus cartas, de despedida, al referirse a su compañera: "Prefiero su tumba a los lechos de todas las emperatrices del mundo", de la pareja Zweig y

de sus últimas horas sabemos únicamente lo que informan los periódicos, pero el dato escueto es acaso de más contenido que la relación de la manera extática con que el alemán se preparó a la muerte, él que considera tanto a sí mismo como a su compañera de "dos aviadores alegres". El dato que dice: "Zweig y su esposa fueron encontrados tendidos sobre la cama abrazados. Sobre una mesita cerca del lecho había dos vasos". Escena muda, trágica y sin embargo armoniosa que justifica el que se recuerden las palabras de Zweig sobre Kleist como un presagio: "Todo padecer se vuelve ingenioso cuando le ocurre la gracia de la creación. Entonces alcanza la magia más alta de la vida. Pues sólo el totalmente deshecho conoce el anhelo de la perfección. Sólo el perseguido llega a la inmensidad".

Y ahora conocemos ya la profunda impresión que este suicidio causó en todos los círculos americanos: nuestras agitur, se trata de nosotros mismos. El ataque contra la gran república hermana es un ataque contra todos los americanos y residentes en Latinoamérica. Hay que tomar en serio esta advertencia, hay que inquietarse para no caer en esa indiferencia que tan beneficiosa es para los planes de nuestros enemigos.

Si acaso el mensaje del monte Sinaí, los diez mandamientos, no sirven ya de base moral para la humanidad, si acaso nuestros ideales: libertad, igualdad, fraternidad, para los pueblos y los individuos, están podridos y flojos: habrá que caer con ellos. Pero, si por el contrario, estamos convencidos de que son sanos, nobles, grandes, únicos, habrá que pelear: armas a discreción!